

**Andrés Peña Romero**

Estudiante de la Especialización  
en Escrituras Creativas

# EL ASO CE EN SO SO

**E**l balón es solo un lunar redondo en medio de un tapete verde que se extiende entre dos porterías. Su viaje describe una línea recta, templada, paralela al césped cuyo dibujo geométrico se asemeja a un cuadro del Maestro Rayo.

La esférica viaja a media altura hacia el blanco situado a más de cincuenta metros en el extremo opuesto de donde estoy. Estamos en pleno

contragolpe, cuyo éxito radica en la rapidez de la transición de estar defendiendo a estar atacando, por eso el pase que elegí, largo, debe ser exacto. Y así fue.

Arrieta, un delantero veloz y técnicamente de buenas maneras es mi elegido. Mi cerebro debe calcular en fracción de segundos la fuerza, la velocidad y el tino para que el pase llegue donde debe llegar mientras él va corriendo a toda velocidad hacia la portería. Ya lo lancé. Siento como si entregara un pedazo de mi cuerpo para el bien del equipo. Un profe me enseñó que por el equipo hasta los güevos hay que dar. Pues comencemos por ellos, no, mejor por mi médula, aquella estructura central que inerva mis músculos. Es la jugada que define el partido. Es crucial, es determinante. Es la columna vertebral.

Arrieta hace un control dirigido y queda mano a mano con el portero. Gambeta larga al arquero como dice el manual y segundos después estamos todos reunidos en el banderín del tiro de esquina, apilados, eufóricos celebrando el gol que nos va a dar el campeonato.

El árbitro arrima y nos dice algo que no entendemos por la adrenalina, el cansancio y el bullicio del estadio. Suponemos por medio de las manos que hablan como las de una azafata, que no nos tardemos. Volvemos todos, con maña, caminando despacio, tomando agua, arreglándonos las medias. No haciéndole caso.

Volteo a mirar al otro equipo y está abatido. Uno sabe cuando el agua helada cae sin esperarla, sin dar respuesta a la reacción. Cabeza gacha, brazos en la cintura como jarras, y la mirada perdida en el verde mar buscando una explicación a lo incomprensible: un gol en la última jugada.

Todo esto apenas va a ocurrir. Yo todavía no lo sé. Así me lo imagino mientras estoy en el camerino a punto de disputar la final del campeonato.

En el locker está la foto de mi mamá. La agarro y la beso con devoción como si fuera la estampilla de una santa. —Mamá, esto es por vos—, le digo mientras la dejo en su sitio. Descargo el porta guayos y me siento. Alguien prende un parlante. Algunos compañeros prefieren la algarabía, distraerse con música. Yo no soy capaz. Desde ya estoy jugando el partido. En mi mente estoy disputando cada pelota y estoy haciendo pases de todos los estilos. Esa es mi función en el medio campo, entregar el balón para que los demás metan el gol.

—Ajá, Peluca, deja el estrés que eso lo ganamo—, me dice Arrieta, sacándome momentáneamente del trance. —Más bien sabes qué, cuando ganemo, nos metemos full rumba pa celebrá, ¿va pa esa?—.

—No Arrieta, ¡NO! No celebremos nada, no nos conviene salir a rumbear. El trago y la euforia son un cóctel peligroso que nos llevará a hacer cosas de las cuales nos arrepentire-

mos. Esa noche no nos acostaremos con el triunfo sino con la tragedia—.

Manejarás el carro que te compraste con tu primer sueldo. Vamos emparejados, borrachos los cuatro. Ellas se han quedado dormidas y ponés en el estéreo uno de esos vallenatos malos que te gustan. Lo cantas a todo pulmón y te empujas un trago de güisqui directo de la botella. *“eche, no joda, despierten”*, les gritás.

Afuera hay rumor de desgracia. La carretera larga como una serpiente estirada parece suspendida en densa oscuridad como una noche sin constelaciones.

—Oye, Pelao, ¿sabes a qué velocidad me tocó corré pa meter ese gol? Pilla no má— me dirás mientras aceleras. El tacómetro digital brillará formando el número doscientos. —Erda, ni Bolt ha corrido tan rápido— dirás mientras sueltas una carcajada larga.

Pero dije sí, Arrieta, va pa esa. Y sonreí.

Lo que sigue después de la carcajada se lo llevó la noche. Cuando desperté ya estaba en el hospital con tanto dolor que no sabía de dónde provenía porque yo era dolor.

Como pude intenté gritar pero lo que salió fue un especie de gemido gutural alertando a mi mamá, que estaba recostada en el sillón de la habitación.

La última sonrisa me quedó como sello del accidente. El trauma craneoencefálico dejó un recuerdo imborrable que llevo estampado en mi rostro como un defecto.

Mi lado derecho es el que se contrae. El izquierdo prefiero ignorarlo; como si pudiera. Verme en el espejo es monstruoso. No logro reconocermé. Además de la hinchazón, el ojo izquierdo no logra cerrarse y permanece abierto como una ventana de una casa vacía por donde no se asoma nadie.

En ocasiones me pongo un parche e imagino un pirata con pata de palo y garfio. Pero hasta con pata de palo ellos pueden caminar, yo ando, que digo ando, ruedo en una silla.

Cuando pregunto por Arrieta mi mamá me embolata con la respuesta diciéndome que me enfoque en la rehabilitación, que él está bien donde está. Las enfermeras evaden la respuesta en un disimulado silencio que confirma mis sospechas. Después lo corroboro en la prensa en un titular a media página, casi inferior:



**“ACCIDENTE DE PROMESAS DEL FÚTBOL.** Las dos figuras del equipo recién ascendido a primera sufren aparatoso accidente donde Juan Esteban Arrieta, de 20 años, murió al instante. Carlos Paz fue llevado al hospital, donde se recupera satisfactoriamente”.